

Malaika tiene nombre de ángel, siendo ése precisamente el apelativo que le habían conferido al nacer por tratarse del su progenitor y pertenecer al mismo sexo.

El llevar colgado como un adorno de navidad el órgano masculino, siempre le había irritado, y sabía perfectamente el porqué.

Ni siquiera tuvo que acudir a la consulta de una psicoanalista para recordar como el jefe de su madre, delante suya, la había obligado a hacerle una felación en la oficina de la empresa en la que trabajaba como secretaria.

También recordaba que aproximadamente a la misma edad, en clase de ciencias, había descubierto que existía una categoría sexual singular en algunos animales y plantas; y aún ignorando quienes eran Hermes y Afrodita, había deseado vehementemente pertenecer a ella porque le parecía que debía tratarse de lo más semejante a Dios en versión humana que uno podría imaginar.

Gracias a aquellos dos importantes acontecimientos vitales acaecidos en una etapa tan crucial de su desarrollo personal, ahora se encontraba allí, en la calle Montera, de rojo desde la punta de los tacones de aguja hasta las de los cabellos de la peluca.

En absoluto se arrepentía de haber escogido esa profesión porque la ejercía de un modo muy creativo y singular.

Había nacido ángel y debía proceder como tal.

Los ángeles formaban parte de múltiples culturas y religiones, y sus diversas representaciones le apasionaban.

Podían encontrarse en los cementerios, en los libros medievales, en las iglesias, y sobre todo en los museos.

Aquel icono artístico, poético, místico y sagrado, le había conducido por las sendas del arte hasta lugares insospechados.

Yendo en pos de ángeles había empezado a estudiar historia del arte, luego filosofía, y por último angeología, una rama de la teología.

Lo cierto es que había aprendido mucho, quizá demasiado.

Tenía la cabeza llena de ideas puesto que se pasaba el día leyendo, así que por la noche estiraba las piernas y se despejaba, que falta le hacía puesto que meditaba tanto que podría considerársele un pensador.

Mejor dicho pensadora, ya que mantenía que el monoteísmo había propiciado un fallo ontológico al considerar al hombre el centro del mundo, descentrando de él a la mujer.

Para su gusto muy pocos filósofos a lo largo de la historia habían sido capaces de apreciar este grave error gnoseológico, del que se había nutrido a gusto la religión.

Tenía el convencimiento de que Hipatia de Alejandría no era una excepción, y que en Grecia existía más de una Diótima, pero la vanidad masculina las había ido borrando deliberadamente de la historia a través de los siglos hasta hacerlas desaparecer.

Para su credo religioso, que era la igualdad humana en todos los ámbitos de la existencia, aquello representaba el pecado original.

Para empezar, la historia del génesis le parecía pérfida y perversa.

Eva surgiendo de la costilla de Adán, como si no supiéramos todos de donde sale todo hijo de vecina.

Sin embargo algo tan básico se consideraba un gran tabú.

El ejemplo era que el famoso psicoanalista Jacques Lacan, gracias al dinero ganado aprovechándose del sufrimiento ajeno, había adquirido el cuadro El origen del mundo con el único fin de mantenerlo oculto.

A Freud, Nietzsche y Marx, su trinidad favorita, también podría reprochárseles el haber pecado de falocéntricos, y con la finalidad de redimirlos, no dejaba ni por un momento de trabajar.

De ahí que también le conozcan como Ángel el justiciero.

Malaika lee la mano de una compañera de trabajo de origen Nigeriano con el fin de ganarse poco a poco su confianza, ya que el hecho de poder creer en alguien le parecía

lo más valioso del mundo, y era lo único que le interesaba en su relación con los demás.

El dicho de que el roce hacía el cariño le parecía cierto, aunque había amores que mataban, por eso se encontraba allí tratando de salvarle la vida a las prostitutas. Básicamente por ese motivo había comenzado a travestirse, y al final le había cogido el gusto, porque uno a todo se acostumbra.

Su familia y los compañeros de la facultad no lo sabían, ni falta que hacía.

Tan sólo estaba al corriente Marisa, una amiga suya, dado que su espíritu era los suficientemente abierto como para comprenderle.

Aunque mucha gente se consideraba tolerante, muy pocos lo eran realmente.

En principio todo estaba permitido en cuanto al sexo, pues la norma había cambiado, pasando de suponer algo totalmente privado a un espectáculo público.

Años atrás a nadie se le hubiera ocurrido que un hombre pudiera pasearse vestido de mujer, y qué mujer, por el centro de la ciudad.

Pero toda aquella parafernalia representaba para él una especie de burla pantagruélica.

El hecho de llevar aquel disfraz y que a todo el mundo que pasaba a su lado, incluida la policía, le pareciera normal, significaba que la cosa estaba muy mal en cuanto a imaginario sexual.

Por ello, con gran aplomo, se paseaba por las noches por el corazón de la ciudad con su traje de vinilo rojo.

En invierno lo llevaba de manga larga y en el verano de sisas, pero con el cuello alto, porque no pensaba introducir en su cuerpo balones de silicona, faltaría más.

Eso le hubiera gustado a sus clientes, pero él no trataba de satisfacerlos, sino de castigarlos tal como se merecían.

En un sostén de la talla cien, se metía una bolas de navidad, rojas, eso sí, que le hacían

sentirse un nuevo redentor de la humanidad.

Las piernas, como las tenía bonitas, podía enseñarlas, aunque siempre las llevaba cubiertas por medias tupidas porque la depilación le parecía una tortura.

Con afeitarse la barba y en verano las axilas tenía bastante.

Luego estaba lo más importante, el maquillaje.

Cada noche se pasaba al menos una hora mirándose al espejo con sonrisa de Mona Lisa hasta que lograba convertir su rostro en el de una geisha occidental.

Tras una fachada de falsedad absoluta, se parapetaba con el fin de lograr que las vendedoras de su propia carne le confiaran sus problemas, que sin duda habían de tenerlos para estar allí expuestas como mercancía.

Por mucho que parecieran muñecas de plástico, como él mismo, también tenían un alma, aunque bien oculta y sin atreverse ni siquiera a pedir ser socorrida como la de aquellos que acudían en masa a las consultas de los psicólogos aquejados de una terrible angustia.

Detrás de aquellas mujeres tan amables, que obedecían las demandas del primero que las solicitara, había casi siempre una amenaza de muerte que pesaba no sólo sobre ellas, sino también sobre el resto de su familia.

Si procedían del este de Europa, donde un materialismo atroz había aniquilado toda espiritualidad, de nada valía tratar de ayudarlas, pues no sólo habían perdido la fe, sino nacido ya sin ella.

Sin embargo las africanas, como eran terriblemente creyentes, tenían esperanza de salvarse; y eso era precisamente lo que le estaba asegurando a aquella menor, cuando se les acerca el marido de su hermana.

Malaika se encuentra en estado de shock pues jamás hubiera imaginado que podría llegar a encontrarse en un situación tan comprometida.

Resulta que mientras entablaba conversación tranquilamente con una chica Nigeriana para saber si había alguna posibilidad de salvarle la vida, el marido de su hermana se les había acercado.

Una sangre helada, pues fría ya tenía que tenerla para encontrarse allí haciendo lo que hacía, se había apoderado de su espíritu.

Era tarde y ya no quedaban más chicas por allí, así que tenía el cincuenta por ciento de probabilidad de que le tocara.

Además sabía muy bien que los árabes eran realmente racistas frente a los negros, a los que consideran una raza inferior; aunque luego eso no les impedía tratar de imponerles su religión.

Bueno, al menos todo había ido bien, como de costumbre.

Le había hecho subir a su habitación en la pensión Amador, decorada especialmente para la ocasión.

Allí, durante los dos años que llevaba metido en eso, se había dedicado a colocar todas cuantas fotos de mujeres maltratadas encontraba para inspirarse a la hora de realizar su performance.

Al entrar les preguntaba lo que querían y les cobraba por adelantado.

Entonces, cuando se disponía a guardar el dinero en el bolso, sacaba su pistolita traída de Los Ángeles para la ocasión.

Muy dulcemente les hacía arrodillarse y pedir perdón por sus pecados.

Muchos, la mayoría, terminaban llorando arrepentidos.

Y es que algunos, tal como confesaban, llegaban incluso a tomar el dinero que sus mujeres ganaban limpiando, los muy hijos de mala madre.

Es decir, de mujeres esclavizadas y maltratadas por todo quisque, como las suyas.

En realidad no creía que en esa guerra hubiera buenos y malos, sino fuertes y débiles.

Los hombrecillos que iban allí a pie eran poca cosa, pobres diablos que si no maltrataban físicamente a sus esposas era porque tenían menos fuerza que ellas.

Por eso motivo necesitaban utilizar a aquellas chicas para mantener su hombría a punto.

Ellas se dejaban hacer porque estaban al servicio de un fiero bien musculado que a puñetazos las mantenía firmes sobre los tacones.

Se trataba de una cadena como la de la alimentación, prueba de que el canibalismo había logrado adquirir un matiz más simbólico a través de las religiones monoteístas.

De hecho pasar por la piedra significaba antiguamente sacrificar, como lo hicieron los judíos con Jesucristo por tratar de defender a las prostitutas y el amor frente al sexo.

Pero para los romanos, cuyos antepasados habían sido amantados por una loba, sinónimo de puta, pasar por la piedra consistía en encolar violentamente al enemigo.

Y por eso, a pesar de Cristo, Venus y Marte, el sexo y la guerra, las armas y la prostitución, seguían siendo los verdaderos dioses demoníacos de los hombres.

Así que su labor redentora consistía en calentarles las nalgas y meterles el puño por el ano para que supieran lo que era bueno.

Lo cierto es que tenía éxito, porque todos volvían a repetir después de cierto tiempo.

Se trataba sin duda de una cuestión de justicia, pues el que da golpes, también necesita recibirlos en revancha, de lo contrario su alma se siente pecadora y sufre.

Al fin y al cabo, todas las relaciones sociales se basaban en un toma y daca.

Los que iban de muy machos, tenían siempre en el fondo una parte femenina clamando ser penetrada.

Pero, aún creyendo haber actuado correctamente, se siente conmocionado.

Malaika duerme tranquilamente en su casa.

Aunque el piso en el que vivía no era suyo, sino prestado por un amigo al que le unía algo mucho más fuerte aún que una poderosa amistad.

Se diría que se trataba de almas mellizas, ambas igual de puras y con unos orígenes curiosamente similares.

Su madre también era cubana, aunque no una fugitiva, desertora del comunismo, como la suya.

En ello radicaba el hecho de que su familia hubiera corrido una suerte mucho mejor.

Su padre, también gallego, unos meses antes de la revolución, había ido a trabajar como empleado a la gasolinera de un tío suyo.

Allí se había enamorado perdidamente de la muchachita más bella del lugar, siendo inmediatamente correspondido.

Eran aún unos críos, pero en el amor la inexperiencia resulta beneficiosa, ya que es para lo único que nacemos perfectamente dotados.

Es más, todo lo que nos enseñen repercutirá negativamente en nuestra capacidad innata de amar.

La cuestión es que al haber desplumado Fidel a su tío, no le quedó más remedio que regresar inmediatamente a su tierra en busca de un sustento.

Su princesa le había prometido esperarle, y él regresar a por ella en cuanto consiguiera hacer fortuna.

Esas promesas muchas veces no se cumplen, pero en este caso sí.

Trabajó con tanto ahínco que se enriqueció rápidamente vendiendo de todo, como hicieron los griegos.

Finalmente había creado una fábrica de fertilizantes para mantener a su numerosa prole.

El que ama labora, el que no roba o mata en cuanto se le presenta la ocasión.

Así que la familia de su amigo tenía pisos para dar y tomar.

A él le dejaban uno frente al parque del Retiro con la única condición de pagar la comunidad.

Matías, su amor, iba de vez en cuando a visitarle, aunque menos de lo que le gustaría, pues los negocios familiares no se lo permitían.

Desgraciadamente era el único hijo varón, y su padre, un gallego machista, no había permitido a ninguna de sus seis hermanas llevar las riendas de la empresa.

No le importaba que estuviera lejos, porque así se hacía desear más aún.

Se trataba del amor verdadero del que hablaba Platón en *El banquete*, que de tanto leerlo ya se lo sabía de memoria.

“Eros es el dios más anciano, el que hace más bien a los hombres. Inspira al hombre la vergüenza del mal y la emulación del bien. En el alma del que ama hay divinidad. De todos los dioses, Eros es el más capaz de hacer feliz al hombre. Es el protector y médico, cura los males que impiden la felicidad”.

Y es que antes del judaísmo, según narraba Platón, lo que definimos como heterosexualidad, no se consideraba una norma, sino la excepción.

De ahí que Miguel Ángel tuviera la genialidad de mostrar un Moisés con aire demoníaco.

Y es que los seres humanos, según Platón, eran originariamente esféricos, masculinos, femeninos o andróginos.

Pero Zeus, celoso de su poder, los dividió en dos.

De ahí que las mujeres amaran por naturaleza a las mujeres y los hombres a los hombres, resultando la verdadera heterosexualidad, como la de la pareja propietaria de la cama en la que duerme tranquilo, algo realmente excepcional.

Malaika se agita sudando, sintiéndose una mujer poseída por el diablo. Aquello tenía como causa las tareas sadomasoquistas a las que se consagraba los domingos en un hotel de lujo. Su labor consistía básicamente en lo mismo que en la calle, pero en este caso, como los clientes eran potentados, el trabajo resultaba muchísimo más complicado y estresante. Al menos aquello no lo hacía por dinero, ya que era tan terrible que no tenía precio. El pago que había solicitado a un jefe de policía que dirigía el cotarro, era un salvoconducto para las prostitutas que recogía de la calle. Todo estaba previsto, pues habían llegado a un acuerdo. En vez de dinero, se les expedía un certificado de defunción y un pasaporte falso. Si su chulo pedía ser indemnizado, se le daba el dinero que demandaba, e incluso alguno más de propina para que estuviera contento. No solía pasar allí nunca más de una hora, pero se le hacía eterno, pues era como el viaje de Dante a los infiernos. Había conseguido aquel trabajo hacía años gracias a una vieja prostituta muy conocida en Vigo por tratarse de una amiga íntima de Fraga desde la juventud y suministradora de carne humana en la vejez. Allí había comenzado a trabajar como chaperó a los dieciocho. Su madre, con un miserable sueldo a cambio de dos trabajos, secretaria y prostituta gratuita de su jefe, como tantas y tantas mujeres en el mundo; jamás podría haber llegado ni siquiera a pagarle una habitación en un piso compartido con el fin de poder ir a la universidad. La vida era así de triste para los proletarios de verdad, las mujeres solas con hijos de las cuales todo quisque se podía aprovechar. Se trataba de una estrategia de la dominación masculina para doblegarlas a todas, obligándolas a conseguir un marido. Si no se convertían en las esclavas legítimas de un hombre, luego a sus hijos también se los pasaban por la piedra para castigarlas. Las cosas eran así de trágicas en todo el mundo. Habían sido estipuladas hacía muchos siglos, y nadie podía cambiarlas. Aunque a principios del siglo XX en España, como en muchos otros países, las sufragistas y los anarquistas se habían propuesto dar un giro a la historia, ahora la batalla estaba irremediabilmente perdida. Si el comunismo, al menos, hubiera servido para que las mujeres maltratadas pudieran abandonar a sus maridos, tal como había tratado Bertha Pappenheim, el nazismo nunca hubiera existido. Pero existía, se llamaba liberalismo, y estaba más en ebullición que nunca. Primero las ondas de radio, y ahora las de la televisión, eran empleadas por el propio satanás para hacerse obedecer. El sadomasoquismo guiaba a la humanidad. El BDSM de andar por casa, sin tacones, en zapatillas, representaba el arma de destrucción masiva de esta tercera guerra mundial. Nuestros futuros líderes de extrema derecha, nietos de amigos de Franco y de mujeres frías, no eran pecadores, sino psicópatas como el de Psicosis. Sus verdaderas dominatrices eran sus mamás, mujeres tan arregladas como la Thatcher y despiadadas como la Merkel. La derecha española estaba llena de ellas, y lo peor es que se creían santas por pertenecer al Opus Dei. De ahí que sude y se agite como la niña del exorcista.

Malaika sueña con mujeres azotadas, aunque estaba acostumbrado a ver lo contrario en las sesiones de BDSM a las que consagraba sus domingos en un hotel de lujo. Los que allí iban eran realmente peces gordos que habían triunfado en las finanzas, la política o el espectáculo, gracias, cómo no, a proceder de familias ricas e influyentes, a las que obligatoriamente tenían que retribuir. Nada era gratis en este mundo, y ni siquiera los propios padres ofrecían a sus vástagos algo sin esperar recibir un buen tributo. Aquello funcionaba como un club de golf de los clásicos, donde la gente con pedigrí se olisqueaba la entrepierna. Se reunían, tomaban unas copas, subían a las habitaciones, y allí se desfogaban. Aunque no eran ellos los que azotaban, sino que para compensar sus perversiones laborales, deseaban ardientemente sufrir la penitencia. Muchos, los que se dedicaban a la televisión, ganaban cifras astronómicas gracias a su perversidad para que la gente pudiera resarcirse gratis de sus pesares viendo como maltrataban, por ejemplo, a la pobre Belén Esteban. Aquello era sadomasoquismo televisivo puro y duro para el populacho. La gentuza, despiadadas marujas con bata y rulos, disfrutaban sentadas en su sofá barato, cuyos muelles se les clavaban en el trasero, viendo como los perfidos mariquitas la despellejaban viva. Nunca mejor dicho, porque la conducían derechita a la clínica de cirugía, creyendo que una podía mejorar físicamente, cuando la única mejoría que podría experimentar el ser humano habría de ser metafísica. Para eso servía antes la religión, también plagada en sus orígenes ancestrales de sacrificios físicos, hasta que a los romanos se les ocurrió utilizar al pobre Jesús, el feminista, con el pelo largo y pacifista, como cordero sacrificial. Luego Mahoma le copió la idea declarándose él mismo un gran profeta. Los romanos fueron los primeros en acudir religiosamente al circo para ver como los bravos luchadores eran devorados por los leones. Y ahora, los propios telediarios no eran más que un espectáculo para saciar la sed de sangre de las masas. Seguro que Franco se corría de gusto, al estilo del César, cada vez que ordenaba una ejecución, y por eso no cesó hasta un mes antes de espicharla. Así gozaban los que no amaban, que en el fondo eran gays, como Hitler. Y no se les debería llamar hijos de puta, sino de madre abnegada, mujer obligada a prostituirse de por vida con un tipo repugnante y putero al que odiaban. De esas en España había desgraciadamente a montones, y se relamían viendo los programas del corazón despiadado, como el suyo. Al menos ahora, con eso de que la homosexualidad estaba socialmente aceptada, la gente no tenía que casarse con personas del sexo opuesto a las que ni siquiera deseaba en términos generales. Esa medida socio-política, la de permitir el matrimonio entre personas del mismo sexo, había hecho un enorme favor a la humanidad. Las guerras mundiales, sin duda, habían tenido como semilla del diablo esa violencia sexual al que casi todo el mundo estaba condenado en sus alcobas. Sadismo y masoquismo eran tonterías al lado de lo que una pareja de bien era capaz de soportar para producir hijos. Además en España, durante la dictadura, las más frías, o sea lesbianas, eran las que más fácilmente llegaban vírgenes al matrimonio; mientras las heterosexuales, por haber sido desfloradas, muchas terminaban dedicándose a la prostitución. De ahí la razón de encontrarse soñando con mujeres azotadas.

Malaika, ahora Ángel, bebe una caña rodeado de amigos en uno de sus bares favoritos, pues en él, más de cien años atrás, había sido fundado el Partido Socialista Obrero Español.

La historia era larga y estaba preñada de avatares, pero continuaba, y aquella gran manifestación secundada por toda España era la prueba.

Los partidos políticos y sus miembros tenían que aprender de sus errores.

Había llegado la hora de quitarles la piruleta de la boca y hacerles plantearse a qué les conducía el poder.

Pues si era a robar y ultrajar a los ciudadanos, la democracia tal como se concebía tendría que reciclarse y convertirse en otra forma de gobierno más apropiada.

Él, que venía de azotar a millonarios gordos, lujuriosos y babeantes; con esas imágenes aún en la mente, tenía muy claro que los poderosos necesitaban una buena lección.

En realidad la estaban pidiendo a gritos, no sólo en España, sino en toda Europa.

Casos como el de Berlusconi llevaban años abochornando al mundo entero sin que nadie se hubiera decidido a actuar.

Estaba sufragado por la mafia y era un putero que gozaba humillando públicamente a las mujeres, como Fraga en sus buenos tiempos, pero nadie parecía reaccionar.

Pues eso lo que demostraba, más que cobardía, era connivencia.

En el fondo, tener como modelo a personajes así, puros psicópatas, exoneraba de sus pecados a sus semejantes.

En esta nueva época caracterizada por la necrosis del ser, por el triunfo de Satán tras la muerte de Dios, el amor; los humanos estaban condenados al infierno y se dejaban arrastrar con mansedumbre hacia él.

Aunque todavía existían personas sanas y razonables, al menos en España, porque al parecer en otros países, como en Alemania, la cosa estaba peor.

No todo el mundo eran zombis que conducían Mercedes, como sus clientes potentados y tarados, sino que existían muchas personas capaces de relacionarse con los demás sin esperar recibir nada a cambio.

No todos los cuerpos, por fortuna, se habían convertido en máquinas, por mucho que a los que trataban de manejarlos como a tales les hubiera gustado.

Existía una resistencia, y aquella tarde se había dado el primer paso para poner freno a la tiranía, cuyo baluarte, como siempre, era la codicia.

El mundo occidental no estaba aún completamente corrompido

La economía había sido mal concebida, eso era todo.

También la familia.

Engels tenía razón con eso de que la primera división del trabajo es la que se hace entre el hombre y la mujer para la procreación de los hijos.

Quizás, con la reproducción asistida, en vista de lo segregado sexualmente que se encontraba el mundo, mujeres por un lado y hombres por otro pudieran lograr una reproducción sin lucha de clases dentro de la propia pareja.

En cuanto a la política, debería realizarse, tal como bien proponía Marx, de abajo a arriba, y no al revés.

Lo cierto es que no estaría mal lograr esa verdadera revolución.

Aunque a lo largo de la historia, nunca había sucedido así.

La tortilla humana no lograba nunca darse la vuelta porque era más bien una especie de revuelto.

Haría falta batir bien los huevos, es decir desmachizar a los hombres y desfeminizar a las mujeres para lograr un verdadero y razonable igualitarismo, piensa mientras saborea un pincho de tortilla.

Malaika se enfrenta a la fuerza policial, y aquel 15 de mayo resistirá hasta el final. Nadie comprenderá de donde procede su valor, pero ella, ante todo persona, había nacido ya indignada contra la perversión humana, pues su madre, una pobre emigrante

cubana en Nueva York, había sido estafada por un vil maricón.

En el fondo creará que la mayoría de los hombres así, y que incluso los árabes, a los que se considera peores, no lo son tanto como nos hacen creer los medios de comunicación.

La muestra será su cuñado se mostrará cada vez más cariñoso con sus sobrinos y su hermana, que al lado de muchas que se creen las reinas del mambo, parecerá una princesa, siempre sonriente y con una melena larga negra lustrosa.

Según él, la lujuria, la avaricia, la hipocresía y todo lo demás, destruirá la poca fe que nos queda en el amor, la bondad y la verdad.

El problema de la tiranía procederá de la falta de control de los apetitos, también llamada templanza o moderación, pues será lo único que permitiría garantizar la paz y la libertad, el pluralismo y la soberanía del demos; es decir, la democracia.

Sin sus sesiones de BDSM, tan recorfortantes, no sería capaz de enfrentarse a tanto mal, pero gracias a ellas lo hará.

Seguirá castigando a los pequeños y a los grandes pecadores gracias a su divina profesión, ya que considerará que la maldad de las personas se origina siempre en su alma; es decir, sus genitales.

Considerará que un tsunami permanente de testosterona, promovido para generar productividad laboral y consumista, se encuentra arrasando a la humanidad.

Al menos todavía existirán paraísos al margen de la perversión sexual llevada al paroxismo, y uno de ellos será el arte por el arte; es decir, sin buscar ningún tipo de retribución más que el placer de ejecutarlo, como así debiera ser hacer el amor.

En realidad se sentirá una verdadera artista, y llegará a ser conocida por su importante labor frente a las fuerzas de seguridad.

Un buen día, tras darse cuenta de que la indignación ciudadana no hace más que aumentar en vano, porque los despliegues policiales serán cada vez mayores, se le ocurrirá enfrentarse a ellos empleando las mismas armas.

Entonces, aún sabiendo que va a convertirse inmediatamente en un fenómeno mediático, aparecerá delante de los cordones policiales frente al parlamento vestida de rojo desde la punta de los tacones a la de los pelos de la peluca.

Como todos aquellos chiquillos inflados a hormonas estarán acostumbrados a masturbarse adorando a mujeres de ese estilo en revistas o en internet, en el fondo la amarán tanto que serán incapaces de mover un dedo.

Y una vez desarmados, los manifestantes podrán acceder hasta los gobernantes y exponerle sus quejas libremente.

En el fondo, los propios políticos, a excepción de algunos psicópatas ultracatólicos que obedecen ciegamente a un todopoderoso viejo con faldas, se sentirán igual de afectados por la tiranía global, y tratarán finalmente de enfrentarse a Alemania.

Los españoles, como siempre, lo harán de un modo mucho menos enérgico que en Francia, donde se producirá prácticamente una revolución, y de ahí el conflicto se extenderá a su amado eterno enemigo.

Entre el país femenino y el masculino por excelencia se armará la gorda, y al final vendrán los puritanos estadounidenses a imponer su modelo de paz; es decir, de violencia inhibida, o de sexo violento reprimido hasta la saciedad.

Pero Malaika resistirá, enfrentándose a las fuerzas del maligno engendradas por el hambre y la sed de amor más exacerbadas de la historia de la humanidad.